

# La Elocuencia Griega

---

## PRIMERA LECCION

La elocuencia era antigua en Grecia, puesto que Homero con palabra tan sentida describe ya sus efectos, y, no sólo conoce el nombre de orador (ῥήτορ) sino que pone en labios de sus héroes discursos en los cuales las partes esenciales de una oración se distinguen tan claramente, que hicieron decir a Quintiliano: "*omnibus eloquentiae partibus exemplum et ortem dedit Homerus*".

Esto a primera vista parece un anacronismo, porque la edad descrita por Homero, (la Micenea, tal vez), es la de la monarquía, y la elocuencia siempre y doquier aparezca presupone la libertad; más la dificultad se desvanece si se considera que *el gobierno de uno solo* era entonces efecto no de la fuerza o de la conquista, como en la edad media, sino de las pocas atribuciones del Estado incipiente, para cumplir con las cuales bastaba una sola persona.

El uso hábil de la palabra en el consejo es tan apreciado por el poeta como el valor en el combate; y el consejo y la asamblea son el campo que aquella sociedad rudimentaria ofrece al desarrollo de la elocuencia; el consejo, porque si la propuesta del soberano no agrada hay que demostrar el lado por que flaquea y sólo con la persuasión puede inducirse a abandonarla; y la asamblea, porque, aunque no vote, está todavía en las costumbres que el rey no notifique una deliberación sin indicar los motivos que se la aconsejaron.

\*

\* \* \*

Este estado de cosas no tardó en modificarse por un proceso evolutivo que se presume parecido en casi todas las ciudades griegas del continente europeo, pero que no puede seguirse sino hasta cierto punto en Atenas.

El desarrollo del Estado crea la necesidad de nuevas funciones y nuevos magistrados para su desempeño; la elección queda limitada a las pocas familias de los grandes propietarios, pues nobleza y riqueza entonces son sinónimos, y el deseo común de estas familias de participar en el poder directamente, por medio de alguno de sus miembros, multiplica los oficios y abrevia su duración. La guerra exterior casi ha desaparecido y con ella la necesidad de la unidad del mando y del respeto a la plebe, con cuyo concurso ya no es preciso contar. He aquí cómo se designa y constituye una clase opuesta al pueblo por sentimientos, por tradición y por intereses, cuya clase fiscaliza celosamente el poder como consecuencia de su condición privilegiada, de tal modo que la monarquía se disuelve y se convierte en una oligarquía.

El pueblo no desaparece; pero como en toda esta época la guerra exterior, que obligaba a conformarse al mando de uno solo y valorizaba al pueblo por la necesidad de su concurso, parece transformarse en luchas intestinas, ya no es menester guardarle consideración.

El período es largo y oscuro, y apenas si a gran distancia uno que otro indicio permite a los sabios argumentar el curso general de los acontecimientos; sólo un instante, cuando ya está a punto de acabar, se aclara e ilumina con honrosos detalles en los versos de Solón.

Parece que la asamblea no tuviera importancia sino cuando una condición de cosa inaguantable hacía necesario, para ponerle remedio, un acuerdo general. Por otra parte, la independencia de los magistrados en sus funciones, hacía inútil el antiguo consejo (βουλή o Senado que asistía al rey y que se transformara en un tribunal (Areópago). En fin, poco es lo que los doctos creen saber de esta edad llena de nombres y fechas que no inspiran ninguna confianza; pero este poco basta

para que no nos extrañe el no encontrar ni una sola alusión a oradores o a públicas discusiones. Se creía ver una en un verso de la elegía “Salamina” de Solón, pero la interpretación era equivocada.

\*  
\* \*

Así más o menos hasta Solón, en Atenas, y me parece inútil abundar en más detalles. La evolución de Atenas, aunque no con las mismas particularidades, debió de reproducirse en un gran número de ciudades de la Grecia europea, por lo de que iguales causas producen efectos iguales; y esto autoriza a afirmar que la elocuencia en toda aquella edad había desaparecido totalmente o casi por completo. Ciertamente es que en los poemas épicos que seguirán componiéndose habrá habido algunos discursos, más ello será simple imitación de Homero. La pasión de Perses; en Hesíodo, por asistir a los procesos en el ágora, haría pensar en posibles debates; pero de otros indicios se colige que el fallo debía de depender del número de los castigos.

De Esparta es inútil hablar; nada más reacio a la elocuencia que sus costumbres y sus instituciones. Diversas eran las condiciones de las ciudades griegas del Asia Menor; las jónicas estaban unidas en una especie de confederación, cuyo signo sensible era el *Panjonio*, o fiesta periódica de todos los jonios que se celebraba cerca del cabo Micala. Cuando primero los lidios y después los persas amenazaron a todas las ciudades griegas de la costa, es más que verosímil que entonces sus representantes, en las reuniones aquellas, trataran del común peligro; y es precisamente en tales ocasiones en las que Herodoto hace hablar a Tales, a Bias y a Hecateo.

Durante la tiranía de Pisístrato y sus hijos, o como dicen para abreviar, de los Pisistrátidas, se fué formando en Atenas un ambiente cada vez más favorable al surgimiento de la elocuencia. Solón quitó de debajo del peso que lo aplastaba al pueblo salió como quien dijera de tutela, ya podía obrar solo.

de sí mismo y lo educó fué Pisístrato; y cuando en 510 el pueblo salió como quien dijera de tutela, ya podía obrar solo. Para valuar de un golpe el progreso del pueblo, basta con cotejar la guerra que precede a la tiranía con la que la sigue inmediatamente; en la primera, el pueblo toma necesariamente parte, pero una participación anónima, como instrumento de la ambición de los caudillos; en la segunda, combate él mismo, en su nombre y contra los aristócratas, que no encuentran apoyo sino fuera de Atenas, en los espartanos; y poco después, siempre en virtud de su libertad, lucha con éxito contra los espartanos y su aliado, y con el favor de las circunstancias consigue por lo menos la libertad de disponer de sí mismo, ya que no dictar leyes a los adversarios.

Sin la defección de miembros del partido dominante ninguna revolución sale bien; esta ley vale también para la revolución de entonces; los jefes del movimiento, los que llevaron al pueblo a la victoria fueron los aristócratas desterrados por los tiranos, los Alcmeónidas, sobre todo Clístenes; pero este último en modo particular abrazó sinceramente la causa del pueblo y, cosa que parece inverosímil en época tal, no por designios ambiciosos, sino por sentimiento de justicia.

\*  
\* \*

La constitución que lleva su nombre y en la que, sin duda, debió de colaborar también Aristides, es una organización que no resulta del natural curso de los acontecimientos, sino que le es impuesta; es una constitución que se basa, no en la herencia ni en la tradición, sino en la razón; se produce como un dualismo entre la sociedad, que sigue siendo determinada por el pasado, y la república (si se puede decir así) fundada en bases ideales.

Se discute la afirmación de Aristóteles a este respecto y si Clístenes tuviera ó no la intención que el filósofo le atribuye. Es como discutir si el labrador siembra para cosechar.

Clístenes para fundar el nuevo Estado sobre la igualdad y borrar de un golpe toda diferencia tradicional, al nombre del padre en la designación de los ciudadanos sustituyó el del *demo* natal. Frente al Estado ya no hubo ni nobles ni plebeyos, ni ciudadanos antiguos ni nuevos, sino sólo *demotas*, esto es, naturales de un *demo* del Atica; los atenienses no se llamaron desde entonces de otro modo que el de hijo de los *demos* «Ἀθηναῖοι καλοῦσι σφᾶς αὐτοὺς τῶν δήμων».

\*

\* \*

La totalidad de los ciudadanos, esto es, la asamblea, fué desde entonces *soberana de derecho*; los ciudadanos no eran en ella sino unidades homogéneas, la asamblea un número y la deliberación dependía exclusivamente de la mayoría numérica. Pero, en el principio, lo gratuito de los oficios, la falta de indemnidad para quien asistía a la asamblea o a los tribunales, mantenían lejos de ellos a los ciudadanos obligados por su pobreza a ganarse el sustento cotidiano con el trabajo. Hasta Pericles, pues, fué aquello una democracia, pero con el predominio de los aristócratas, y las ventajas de una condición semejante las vemos enumeradas por Isócrates, para quien era aquél el período ideal y heroico de Atenas.

La guerra contra los persas y otras que de ella derivaban duraron todo aquel largo lapso de unos cincuenta años; y esto hizo que prevalecieran en la dirección de la cosa pública los estrategias de más probada habilidad; por lo cual vemos sucederse al frente del Estado a Milcíades, Temístocles, Aristides, Cimon; no obstante, ellos nada podían hacer sin la aprobación de la asamblea y nadie podía mantenerse en el ejercicio del poder sin justificar cada uno de sus actos. Y he aquí como la palabra adquirió extraordinaria importancia y la necesidad, para quien ambicionaba sobresalir, de ejercitarse no sólo en el manejo de las armas sino también en hacer uso de la palabra en público.

\*  
\* \*

No existía aún un arte de hablar, dado que comenzaban apenas las experiencias. La elocuencia es una facultad, δὲναμις, la facultad de ver en cada asunto lo que puede persuadir, una facultad como la razón y como ésta es ayudada maravillosamente por la lógica así lo es la elocuencia por la retórica. Un arte es pragmática; cambia en normas y formula en preceptos los procedimientos que se muestran útiles en la práctica, a medida que en tanteos sucesivos se van descubriendo; y por lo mismo, al arte consciente y reflejo, precede la espontaneidad. El silogismo era ya usado por Protágoras en su forma esquemática antes de que Aristóteles compusiese sus analíticas; y de igual modo, ¡cuántas arengas en el Pnix y cuántas oraciones se habrán recitado en los tribunales, antes del nacimiento del arte retórica! Pero los antiguos estaban persuadidos de que la espontaneidad no lleva muy lejos y no admitían que sin maestros llegara alguien a ser orador de nota, y en el caso de serlo sin que se le conociesen maestros, los gramáticos se apresuraban a inventarle algunos.

\*  
\* \*

Temístocles es el primero que deja nombre de gran orador en la escuela. Dice Plutarco que aquél desde muchacho se ejercitaba en la elocuencia jugando con sus coetáneos, simulando procesos y haciendo él mismo ya las veces de acusado, ya las veces de acusador. Es curioso lo que cuenta de Mnésifilo, el cual pertenecía a una secta que se remontaba a Solón, y educaba a los jóvenes en la ciencia civil. Los individuos de esta secta se llamaban a sí mismos *sabios*, lo propio que Solón; más tarde estos maestros transportaron la ciencia, de la práctica a la palabra, es decir, que en lugar de desarrollar en los jóvenes las virtudes propias de un político, se limitaban a hablar de política, esto es, a hacer discursos (ἐπιδείξεις) de carácter político en la escuela. Mas cuando los tales preceptores agre-

garon a la política la enseñanza de la retórica, que acababa de inventarse, y que aun se limitaba a la elocuencia judicial, cambiaron el nombre de *sabios* (σοφός) por el de *sofistas* (maestros de sabiduría). Ignoramos las fuentes de Plutarco, y sabemos que a una lectura sumamente nutrida juntaba cierta crítica; sin embargo, estas noticias tienen visos de autosquemias de los gramáticos, esto es, literatos alejandrinos, sugeridos por lo que dice de la antigüedad de la sofística Protágoras, en el diálogo platónico. Sea como fuera, Mnesífilo habría sido el maestro de Temístocles.

\*  
\* \*

Tengo para mí que Isócrates pensaba en Temístocles cuando dice que quien naciera con la debida disposición y añadiera a ella la práctica de los negocios y lograra hablar en público con la misma libertad con que uno habla consigo mismo, sería sin necesidad de maestros un gran orador.

Temístocles estaba dotado de una clara inteligencia y la evidencia con que discernía lo que en cada circunstancia convenía hacer, daba calor y eficacia a su palabra. Después de Maratón, la certidumbre que abrigaba de un nuevo asalto por parte de los persas le inspiró aquel programa naval, de cuya necesidad supo persuadir al pueblo, que llevó a cabo entre mil dificultades y que salvó a Grecia, y podemos agregar a la civilización, por más que pese a Grote. Después de Salamina y de Platea y de la hegemonía ofrecida espontáneamente a Atenas por los jonios y demás ciudades marítimas, vió la ocasión que por primera y única vez ofreciase a Atenas de unificar la Grecia, favoreciendo el establecimiento de la democracia en todos los estados, a la vez que la posibilidad de humillar a Esparta.

A la realización de tal programa se opuso primero el entusiasmo heroico del momento, que no permitía desconfiar; en segundo lugar el contrario programa de los Alcmeónidas, representados por Aristides; y por fin, las antipatías que le

granjearon los defectos de su carácter. Sea como quiera, con el destierro de Temístocles y el abandono de su política, Atenas firmó su caída, en vano retardada hasta 404 A. C.

\*  
\* \*

También Aristides y Cimon sabían hacerse escuchar por la asamblea; pero hasta Pericles no tuvo Atenas otro gran orador.

De la eficacia de su palabra, que dejaba clavada en los oyentes como un agujijón; de lo magestuoso de su frase y la solemnidad de la acción, que le merecieron el apodo de Olímpico, hablan los comediógrafos y todas las memorias del tiempo. No dejó nada escrito, y las tres oraciones que se leen en la historia de Tucídides se creen hechura del historiador. Isócrates supone que Damón fuera su maestro, el cual bajo la apariencia de enseñar música, escondía la profesión de sofista. Se dice que Zenón de Elea le inició en la dialéctica, y fué sin duda, amigo de Anaxágoras y de Protágoras; la cronología, empero, hace prevalecer la opinión de que no tuvo más maestro que su intuición misma.

Indirectamente, el influjo que ejerció con su política sobre la elocuencia fué grande. Debido a él y a su desgraciado amigo Efiolte, el pueblo de soberano de derecho pasó a serlo de hecho. Sus indemnidades para quienes asistieran a la asamblea o a los tribunales, los abrieron de par en par a las clases ínfimas, alejando de ellos a los aristócratas y a los ricos. El prestigio personal de Pericles contuvo por mucho tiempo el mal; pero su muerte marca el principio de la demagogía. Desde entonces una lista de demagogos (Cleón, Hiperbolo, Cleoforo, etc.) se sucede en la dirección de la cosa pública y pueden ellos más que los estrategas (Nicias, Alcibiades, etc.). Tal vez fueran mejores de lo que les supone su fama, pero tal cosa no quita que se les deba la caída de Atenas.

Lo peor es que en aquella asamblea, por razón de su composición, más que los argumentos de los oradores valían las



prodigalidades a costa del dinero de los confederados, de las cuales también dió Pericles el ejemplo.

Como quiera que sea, Pericles preparó el camino a los oradores para que se enseñorearan de la república. El siglo siguiente, (IV antes de J. C.), es la edad más gloriosa de la elocuencia griega; y digo griega y no elocuencia en general, porque la elocuencia varía según los oyentes. La griega es esencialmente popular y muchos de los medios que daban buen resultado en el Pnix, harían sonreír en una cámara de Inglaterra.

*Francisco CAPELLO.*